

# NO HAY MAL QUE POR BIEN NO VENGA : EL OPTIMISMO DE ROUSSEAU

Dante A. Baranzelli

---

UBA

“¿Por qué entonces sufrimos bajo un Señor equitativo?

He aquí el nudo fatal que habría que desatar.”

VOLTAIRE, *Poema sobre el desastre de Lisboa* o

*Examen de este axioma: ‘Todo está bien’*

El deísmo rousseauiano desestima la existencia del caos o del Mal general. Por el contrario, ve en el sistema del mundo un orden perfecto que obedece a la divina Providencia, identificada con la legalidad universal de la naturaleza. Mas con ello su intención no es despreciar el sufrimiento de los individuos. De hecho Rousseau reconoce y admite la presencia, e incluso la abundancia, de diversos males que afectan al hombre. ¿Acaso él mismo no es un claro ejemplo de ello?

Estos males particulares, que están en el sentimiento de aquel que sufre, pueden ser o bien físicos, es decir, referidos al cuerpo, o bien morales, esto es, relativos al alma. Asimismo Rousseau propone otra distinción de mayor relevancia para este trabajo: los males pueden ser reales o imaginarios. En cuanto a estos últimos, que sean imaginarios no significa que no impliquen verdadero padecimiento. Al contrario, Rousseau habla de ellos como de una pesada carga a la que el hombre civilizado se ha sometido por su propio obrar. Su denominación responde antes bien a su origen. La raíz de todos estos males está en el abuso de la imaginación. Cuando ella opera sin límites, sume al hombre en un estado de debilidad que lo hace miserable. Desde entonces persigue metas que escapan a sus capacidades y que lo atan al arbitrio y parecer de sus semejantes. Sin embargo, así como el ser humano es responsable de este tipo de males, también está en sus manos liberarse de ellos. En cambio, no sucede lo mismo con los males reales. Ellos son, al menos en cierta medida, inevitables, por más insignificantes que sean en comparación con los males que el hombre se proporciona a sí mismo. El dolor es un destino para el hombre. Destino impuesto y legislado por la misma realidad del acontecer

natural o, cuando menos, tolerado por la Providencia. En otras palabras, estos pesares no son producto de las fantasías desmedidas del hombre, sino que son inherentes a su constitución natural. ¿Cómo conciliar, entonces, la omnipotencia y bondad divinas, que Rousseau se muestra dispuesto a defender, con la realidad del mal? ¿De qué modo afrontar este problema teórico y a la vez vital para Rousseau? Que el filósofo señale que los males reales son raros, poco frecuentes, y hasta fáciles de sobrellevar, no cancela el interrogante. Tampoco lo hace el hecho de que aquéllos se vean incrementados por causa de la corrupción humana. La incógnita aún sigue en pie y, por ende, Rousseau debe ensayar alguna respuesta.

Ahora bien, a pesar de la reconocida existencia de males particulares, Rousseau conserva intacta su creencia en el bien universal. En efecto, la mera sumatoria de los males reales, y también de los imaginarios, no es suficiente para instalar en la inmensidad de la creación el mal general. Es más, cabe agregar que los males reales son en gran medida funcionales a la bondad universal. Aunque no es exacto afirmar – concede Rousseau a Voltaire- que *todo* está bien, eso no quita que *el todo* esté bien. Aunque es cierto, admite Rousseau, que no existen pruebas racionales que avalen ni contraríen esta creencia, que a los ojos de nuestro filósofo es un “gran y consolador dogma”<sup>1</sup>, ella se sigue de las perfecciones divinas a modo de corolario.

A Dios, continua Rousseau, sólo concierne regir el devenir natural mediante leyes comunes y no mediante designios específicos para cada acontecimiento en particular. Y añade:

“Para pensar correctamente a este respecto, parece que las cosas deberían ser consideradas *relativamente en el orden físico, y absolutamente en el orden moral*; de modo que la mayor idea que puedo hacerme de la Providencia es que cada ser *material* esté dispuesto del mejor modo posible *con relación al todo*, y que cada ser *inteligente y sensible* lo esté lo mejor posible *con relación a sí mismo*; lo que en otros términos significa que para quien siente su existencia debe valer más existir que no existir.”<sup>2</sup> [Los énfasis son nuestros]

---

<sup>1</sup> Rousseau, J.-J. « Carta a Voltaire. 18-8-1756 », p. 197

<sup>2</sup> Rousseau, J.-J. « Carta a Voltaire. 18-8-1756 », p. 199

De un lado, el ginebrino considera que el mal físico sufrido por un individuo sirve a la bondadosa economía de la totalidad. La extinción de un hombre está justificada si contribuye a la conservación del “sistema del universo”, donde habitan otros hombres y toda clase de seres vivos y sensibles. Esta argumentación holística es una de las que privilegia el texto de la carta que Rousseau envía a Voltaire a propósito de su *Poema sobre el desastre de Lisboa*.

De otro lado, no sólo el conjunto de la creación extrae provecho de los males particulares. En la epístola ya mencionada y mucho más ampliamente en el *Emilio*, Rousseau procura establecer cómo el mismo individuo aquejado por un mal real puede beneficiarse gracias a éste. Efectivamente, todo los males reales que soporta el hombre, ora físicos ora morales, cuentan con ciertos atenuantes y hasta tienen su lado positivo, a punto tal que en ocasiones pasan a ser un bien.

Para el caso de la muerte, en el estado de naturaleza ella se siente sólo una vez. Además, se torna preferible para quien sufre demasiado de dolores físicos o bajo las injusticias propias y/o ajenas. Incluso una muerte prematura resulta en muchos casos un mal menor cuando evita futuros tormentos. La perspectiva de inmortalidad horroriza a Rousseau, que ve en la muerte el fin de las penas terrenas y la posibilidad de concretar sus esperanzas escatológicas. En cuanto a los dolores físicos, sostiene Rousseau, en el estado primitivo son pasajeros y escasos, y, por ende, tolerables. Es la civilización corrompida la que incrementa las enfermedades y fomenta la hipocondría en el sentido lato del término. Sin embargo, una cuota de malestar físico es necesaria, no sólo porque resulta inevitable dada la naturaleza sensible del hombre, sino también porque sirve como aviso para el cuidado de la propia salud, y máxime porque posibilita la sociabilidad.

“¿Concebís alguna verdadera felicidad posible para ningún ser fuera de su constitución? Y ¿no es salir el hombre de su constitución el quererle eximir igualmente de todos los males de su especie? Sí, yo lo sostengo: *para sentir los grandes bienes, es necesario que él conozca los males pequeños*; tal es su naturaleza. Si lo *físico* va demasiado bien, se corrompe lo *moral*. El hombre que no conociera el dolor, no conocería la *ternura de la humanidad, ni la dulzura de la conmiseración*; su corazón no se conmoviera por nada. Él no sería sociable, sería un monstruo entre sus semejantes.”<sup>3</sup>  
[Los énfasis son nuestros]

---

<sup>3</sup> Rousseau, J.-J. *Emilio o de la educación*, II, p. 93

Un hombre que no haya jamás experimentado dolor alguno, puede que goce de una excelente salud, pero seguramente nunca sentiría compasión por sus semejantes, sería cruel. Por tanto, se vería privado de la “efímera dicha” que puede obtener de la convivencia con los otros hombres. Además, la compasión reporta una ventaja adicional, puesto que a la par de nuestra identificación con el ser sufriente, sentimos el placer de estar exentos de esas dolencias.

En lo que respecta a los males reales de índole moral, Rousseau contempla únicamente dos variedades: el crimen y el remordimiento. Ambas no son más que las dos caras de una misma moneda: la primera, el perjuicio que soporta la víctima, y la segunda, la culpa que atormenta al victimario desde su conciencia. Es verdad que no se puede responsabilizar directamente a la Providencia por las faltas que cometen los hombres. Pero, ¿por qué las permite? Rousseau explica que tal es el precio que debe pagar el hombre para evitar un mal mayor. La naturaleza no puede sustraerle su libertad sin arrebatarle el mérito de la virtud y la felicidad que ello acarrea.

Si un hombre no se contenta con los bienes relativos que puede obtener de los males particulares ni con la idea del sacrificio por el todo ni con su libertad, o bien si un pesimista desprecia de ambas cosas, Rousseau tiene aún algo más que alegar.

“...Si es preferible para nosotros ser que no ser, esto sería suficiente para justificar nuestra existencia, y al menos no tendríamos que esperar ninguna compensación por los males que tenemos que soportar, aunque esos males fueran tan grandes como los describís. Con todo, sobre esta cuestión es difícil encontrar buena fe en los hombres y cálculos correctos en los filósofos, porque éstos, al comparar los bienes y los males, olvidan siempre el dulce placer de existir...”<sup>4</sup>

A pesar de todos los males que debemos tolerar –aun cuando fuere inútil-, mayoritariamente preferimos el ser antes que la nada. En efecto, si consideramos la vida en su duración total, afirma Rousseau, veremos que “no es un mal regalo”. Y este suave sentimiento de la propia existencia, sobre el que se sostiene el amor a sí mismo y la búsqueda de la autoconservación, es alimentado e incrementado por la expectativa de inmortalidad del alma y de una recompensa a la virtud. Y, como Rousseau lo expresa, “la esperanza todo lo embellece”.

<sup>4</sup> Rousseau, J.-J. « Carta a Voltaire. 18-8-1756 », p. 188-189

## Bibliografía

Rousseau, Jean-Jacques. "Carta a Voltaire. 18-8-1756", en Villar, Alicia. *Voltaire-Rousseau. En torno al mal y la desdicha*.

Rousseau, Jean-Jacques (2000). *Emilio o de la educación*. Traducción de Luis Aguirre Prado. Prólogo de María del Carmen Iglesias. Madrid, Edaf.

Voltaire, "Poema sobre el desastre de Lisboa o Examen de este axioma: 'Todo está bien'". en Villar, Alicia. *Voltaire-Rousseau. En torno al mal y la desdicha*.